



LAS MILICIAS DE CANARIAS

PROLOGO (*)



L escribir estos apuntes sobre la secular institución militar canaria que, en trances de dura prueba para la Patria, supo mantener incólume la soberanía española en estas aisladas peñas atlánticas que ganaron para la hidalga Castilla los Bethencourt, Veras y Lugos, no hemos tenido la pretensión, que sería pueril, de agotar la materia, ni mucho menos decir nada nuevo a los amantes del pasado que, de vez en cuando, hojeen nuestra historia particular, menos aún podríamos enseñar a los consagrados de una manera habitual a Marte, sino pura y simplemente vulgarizar y condensar en marco reducido el origen, evolución y sucinta reseña histórica de los hechos de armas de un organismo tan genuinamente isleño como las Milicias, honor de las Canarias y resumen y compendio de una raza que, como la nuestra, es mezcla afortunada de la altivez castellana con la noble y fuerte de los extintos aborígenes isleños.

Ellas escribieron hermosas páginas, rubricaron con su sangre generosa y ayudaron, intrépidas y bizarras, durante más de tres siglos a tejer inmarcesible corona de laureles no sólo a la Valerosa, su Arma matriz caracterizada por grandes sacrificios y abnegaciones, sino a la Artillería, distinguido Cuerpo llamado con razón el Rey de las batallas; a los ginetes, otro brazo del Ejército de sabor tanmarcadamente, caballeresco, y a los mismos hermanos de Bonifaz, Bazán, Oquendo y Churruca, porque en aquellos tiempos en que la Madre-patria paseaba su quijotismo y su bravura por el mundo, era frecuente en nuestros heroicos hombres de guerra cambiar la tizona por la dirección de una nao.

El uniforme de Oficial de Milicias fué siempre vestido con honor por las clases distinguidas del país, como si fuera la patente más acrisolada de preclaros abolengos. Diganlo sinó los Alvarados Bracamonte, Baulenes, Benítez de Lugo,

(*) De un opúsculo que tiene en preparación para publicarlo aparte, su autor.

Bethencourt, Cambreleng, Castillas, Castro Ayala, Chirinos, Fonseca, Fontes, Franchy, Franco de Castilla, Garcías, Guerra de Ayala, Guezalas, Herrera Leiva, Huertas, Marteles, Hoyos, Interianes, Lorenzos, Llarenas, Machados, Mesas, Méndez, Mirandas, Molinas, Monteverdes, Navas, Perazas, Pontes, Porlieres, Romanes, Salazares, Soleres, Torres, Valcárceles, Verdugos, Vergaras, etc., de Tenerife; los Aguiar Toledo, Aguilares, Bethencourt, Bravos, Carvajales, Castillos, Dávilas, Falcones, Jaraquemadas, Leones, Lezcanos, Lorenzos, Manriques, Matos, Mujicas, Quintanas, Rochas, Romeros, Ruiz Alarcón, Russell, Sopranis Suárez, Torres, Venegas, Verdugos, Zerpas, etc., de Gran Canaria; los Acostas, Alfaro, Brieres, Carrillos, Cervellones, Felipes, Fierros, Guislas, Lugos, Mastieu, Monteverdes, Pintos, Poggios, Salgados, Sotomayores, Valdewalles, Vandalles, etc., de la Palma; los Argotes, Armas, Bethencourt, Britos, Cabrera Lesme, Clavijos, Curbelos, Feos, Guerras, Herreras, Monfortes, Perazas, Perdomos, Socas, etc., de Lanzarote; los Aguileras, Cabrerías Bethencourt, Cabrerías Soler, Peñas, Saavedras, Sanabrias, Sánchez Unpiérrez, Sotos, Velázquez, Veras, etcétera, de Fuerteventura; los Aguilares, Alvarez Orejón, Armas, Ascanios, Ayalas, Castillas, Dávilas Quintero, Echevarrias, Fernández, Garcías, Herreras, Leones, Manriques, Mendozas, Moras, Perazas, Prietos, Rodríguez Casanova, Salazares, Trujillos, etc., de la Gomera; los Acostas, Armas, Ayalas, Barredas, Buenos, Espinosas, Fernández, Guadarramas, Magdalenos, Padrones, Perazas y Quinteros, de la del Hierro.

Está próxima a desaparecer, por otra parte, su última supervivencia, formada por los pocos que hoy tenemos la honra de constituir la llamada escala de Reserva territorial de Canarias que, diga lo que quiera la pasión equivocada, aliada con un poco de desconocimiento histórico quizá, es hoy y será mañana ante la Historia (por algo continuamos siendo para todos de *Milicias*), legítima heredera de las glorias de aquellos abuelos nuestros que figuraron en sus listas, todos ellos de abnegada voluntad, de noble desinterés, héroes, en suma, sacrificados muchas veces en holocausto del amado nombre de España, aquí en su suelo nativo, en Flandes, en Italia, en América, en Africa y en la misma Península. Esto es de tal evidencia que no podrá nadie negarlo, aunque—bien lo sabemos—abrumados, anonadados los actuales por el peso de esa nobilísima herencia y por otros motivos que no sería pertinente exteriorizar, vegetemos, mejor que vivimos, en un plano de inactividades marciales, que necesariamente, o acaso, mate todo estímulo, desapareciendo quizás de nuestras frentes ya marchitas por cuatro o más décadas de edad, ese lucero de nuestras ilusiones que en tiempos mejores todos llevábamos sobre nuestras frentes; pero sea esto o nó, conscientes todos de nuestro decoro profesional, encerramos aún en el joyel precioso del acendrado patriotismo legado por nuestros mayores el germen necesario para que, en momentos difíciles para la Patria, sepamos desenvolverlo en la proporción de nuestros deberes ciudadanos y en armonía con el pundonor de quienes visten el traje de sacerdotes de la disciplina.

Todas estas consideraciones nos han movido a empuñar la pluma para escribir este opúsculo, ofrenda que el último de sus Oficiales consagra fervoroso en testimonio del debido cariño, respeto y admiración que siente en primer término por el pasado de esta hoy abatida hijuela del Ejército, que de día en día reduce su lugar en el Anuario militar. ¿Quién podrá extrañar nuestro propósito?

Nadie sospecharía, en verdad, terminación tan prosaica como la que se presente de nuestras Milicias, cuando éstas comenzaron a nacer al calor mismo de las hazañas de nuestros guerreros de la décima sexta centuria, casi al mismo

tiempo, si no antes, que aparecieron en Castilla los ejércitos permanentes, cuyas características, salvo las modalidades de lugar y tiempo, tuvieron aquéllas, que nunca fueron, por lo menos a partir de una lejana época, tropas irregulares como pretenden algunos, ni por su funcionamiento u organización, ni por su disciplina.

Faltaríamos a un elemental deber no ya de gratitud, sino de cortesía, si no la consignáramos aquí en favor de todas las personas que nos han facilitado algunos datos, muy especialmente para el laborioso industrial y patriota D. Anselmo J. Benitez, quien con una amabilidad, una franqueza y un desinterés que tanto le honran, no ha dudado un momento en franquearnos su archivo histórico, todo él muy valioso, que a fuerza de constancia reunió para publicar una obra que, por desgracia, no ha podido terminar hasta el presente.

Escasos han sido, no obstante, nuestros trabajos de investigación propia en la materia, descansando cuanto en estas páginas se afirme, en la autoridad que tanto necesitamos, de aquellos autores de historias regionales que más fe nos inspiran y cuya respetable autoridad seguimos por parecernos más acertada, bien que descontemos los errores inevitables, ya por culpa de nuestra pluma indocta, bien por la dificultad grande de llegar a conocer y hasta tener presente todo lo que, inédito o nó, se ha escrito sobre nuestra historia militar isleña. Pero sí hemos procurado que en esta monografía no falten aquellos hechos más esenciales, dentro de lo sucinto, para que todos lleguemos por lo menos a formarnos una idea medianamente clara de lo que fueron y representaron en nuestro pasado sus beneméritas y gloriosas Milicias, noticiándolas en la forma más sencilla, metódica, clara e imparcial que podamos.

Si nuestros bien intencionados deseos y patrióticos anhelos se viesen cumplidos, unido todo ello a una acogida benévola por parte del público, daríamos por bien empleada nuestra modesta tarea, compartida a la vez con otras ocupaciones imprescindibles de nuestro vivir, alternando lo quijotesco con los sanchesco, porque para nosotros aquél que carezca de espiritualidad, el que no sea idealista, no sabrá ver, como las vemos con los ojos del alma, las limpideces gloriosas de nuestra Historia, permaneciendo su corazón egoísta cerrado a los grandes triunfos morales, quitando sus propias y más estimables glorias a dos grandes amores sintetizados en las patrias grande y chica.

D. V. DARIAS Y PADRÓN.

La Laguna (Canarias), 12 de mayo de 1926.

